

Intervención Salamanca (29– noviembre- 2008)

Museo de la Memoria y los Derechos Humanos

Marcia Scantlebury Elizalde (Chile)

El escritor Gabriel García Márquez ha dicho que la vida no es lo que uno vivió sino lo que uno recuerda y cómo lo recuerda para contarlo. Y si esto es pertinente para los seres humanos, es también válido para los países. Porque los pueblos son su memoria, lo que se cuentan de sí mismos.

Por eso, la experiencia traumática vivida por nuestro país entre el 11 de septiembre de 1973 y el 10 de marzo de 1990 debe ser recordada y narrada. Así lo planteó hace un año la Presidenta de la República Michelle Bachelet, también una víctima, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Durante la dictadura del General Augusto Pinochet, miles de chilenos y chilenas fueron perseguidos, privados de libertad, exiliados, exonerados, torturados, ejecutados o hechos desaparecer.

Mientras esto sucedía, los sobrevivientes, sus familiares, y los organismos y personas comprometidas con la defensa de los derechos humanos comenzaron a esconder documentación y testimonios generados a raíz de los hechos.

Al mismo tiempo, instalaron cruces e hitos memoriales o placas alusivas para lograr que los chilenos se interesen en lo ocurrido como forma de rendir homenaje a las víctimas. Al conmemorarlos, sentían que restituían su dignidad.

Para los gobiernos de la Concertación no ha sido fácil estructurar una política de derechos humanos porque a comienzos de la transición persistían profundas divisiones en el país. Hoy día podemos decir que hemos avanzado, pero aún queda mucho por hacer para levantar el velo del silencio que esconde los crímenes perpetrados en nuestra larga y angosta geografía de fin de mundo.

Sabemos sí que los pasados vinculados a guerras o dictaduras suelen provocar conflictos entre las diferentes formas de mirar la historia. Entonces, la memoria, lejos de ser un espacio neutral, se convierte en un campo de batalla cultural y política. Sin embargo, esta imposibilidad de establecer una mirada única, no puede ser pretexto para dar la espalda a lo ocurrido.

Chile es un país con un profundo temor al debate y, de acuerdo a las investigaciones hechas por nuestro equipo hoy, asocia la discusión y el disenso a la idea de quiebre, de enfrentamiento, desgracia y dolor. De allí que la creación de un Museo de la Memoria y los Derechos Humanos sea un desafío a nuestra sociedad aún marcada por la tradición del discurso único heredado del régimen militar y de la negación de la evidencia.

Negación que acompañó a la dictadura cuando actuaba en las sombras o cuando bombardeó el palacio presidencial y clausuró su puerta lateral: si no había puerta nadie había salido por allí y, por lo tanto, los que salieron nunca existieron. Cuando cambió el número de uno de los recintos de detención llamado Londres 38: si el número era otro, no existía el escenario de la masacre, en el caso de los desaparecidos: si no había muerto, no había constancia del crimen.

Las comisiones de Verdad y Reconciliación y de Reparación, organizadas por los gobiernos democráticos, identificaron a 3.195 desaparecidos, ejecutados en forma sumaria o asesinados en Chile. Y la Comisión sobre Prisión Política y Tortura individualizó a 28.459 víctimas de estas prácticas represivas, datos que impactaron profundamente a la comunidad nacional.

En este informe se mencionan también 1.132 recintos de detención y tortura, muchos de los cuales eran desconocidos hasta entonces.

Hoy, gracias a iniciativas como éstas y, fundamentalmente, a la perseverancia de las agrupaciones de derechos humanos, la gran mayoría de los chilenos reconoce los crímenes perpetrados por el Estado durante la dictadura y rechaza lo ocurrido.

Se ha ido formando también una conciencia mayoritaria sobre el imperativo ético que exige a la sociedad y al Estado desarrollar acciones en materia de verdad, justicia y reparación y reflexionar en torno a lo ocurrido,

Por eso, además de avanzar en los procesos judiciales y en las tareas de reparación, que han sido muchas en Chile, uno de los ejes de la política del gobierno ha sido el rescate de la memoria de nuestro pasado reciente. Un pasado que no pasa.

Con esto se persigue que el país reconozca la tragedia, la asuma como propia y rinde homenaje a las víctimas, pero mirando hacia el futuro.

La Presidenta Michelle Bachelet ha manifestado que su gobierno reconstruirá la memoria para convertirla en experiencia, y fuente de aprendizaje “No podemos cambiar nuestro pasado, sólo nos queda aprender de lo vivido. Esa es nuestra oportunidad y nuestro desafío” dijo en uno de sus discursos.

Recordar, sin eludir episodios dolorosos que forman parte de nuestra historia, es indispensable para sanar el alma de nuestra nación. Por eso, los memoriales son espacios de encuentro que nos hablan de un pacto para no olvidar.

A partir del año 2002, las organizaciones de Derechos Humanos, con el apoyo del Estado, comenzaron la construcción de memoriales a lo que hoy llegan a veintiuno en todo el país.

En Chile, además de hacer invisibles a las víctimas, la dictadura ocultó a los victimarios que, con el tiempo, han ido quedando al descubierto. Muchos de ellos hoy enfrentan la justicia.

EL MUSEO

En este contexto se enmarca también el proyecto emblemático que la Presidenta Michelle Bachelet anunció el 21 de mayo de 2007, en su

cuenta anual al Congreso Nacional: El Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.

Este espacio público, estará dirigido a toda la sociedad, tendrá un carácter nacional, reflejará lo acaecido en nuestro país entre los años 1973 y 1990 y será un poderoso instrumento pedagógico para contribuir a hacer realidad el imperativo del “Nunca más”.

Será también un espacio que, de manera dinámica, e interactiva preserve y haga accesible al público las historias de vida de las víctimas, la documentación, los recortes o notas de prensa y los objetos que dan cuenta del golpe de Estado, de la represión de los años posteriores, de la resistencia, del exilio y de la solidaridad internacional.

El edificio tendrá una superficie de 5 mil 600 metros cuadrados. En estos días se iniciará la construcción que debería estar terminada en diciembre del 2009.

El edificio estará localizado en un lugar muy hermoso y accesible, en el centro de Santiago. Se trata de un sector popular y cultural emplazado en un barrio universitario y frente al parque más grande de la ciudad.

Su diseño incluye un espacio generoso, amplio en posibilidades y de recorridos flexibles. El volumen es totalmente transparente y la luz natural ilumina el interior generando efectos inesperados.

El Museo contará con una gran nave para exhibiciones, un área administrativa, de colecciones y archivos, una biblioteca y aulas para las labores pedagógicas. Dispondrá también de espacios para actividades educativas, culturales y para la realización de cursos, seminarios, charlas o reuniones que permitan a las organizaciones de derechos humanos y movimientos ciudadanos realizar actividades vinculadas a los temas propios del Museo.

En sus aulas se difundirán conocimientos que estimularán, especialmente en los jóvenes, la reflexión y valoración de los derechos esenciales de los seres humanos.

En sus funciones será apoyado por un Consejo Asesor multidisciplinario que ya está en funciones y que incluye representantes de las organizaciones de derechos humanos.

Abierto a la ciudadanía, el visitante podrá contemplar en su interior todo lo relacionado con el calvario de las víctimas, pero la idea es que los contenidos del Museo trasciendan las experiencias individuales para interpretar a todo el país y proyectarse hacia el porvenir.

Este espacio está destinado a recoger la memoria democrática dispersa y convertirla en patrimonio colectivo.

Entre sus funciones estará también la custodia de los Archivos de Derechos Humanos que fueron declarados por UNESCO Memoria del Mundo. Serán preservados y estarán disponibles para ser vistos, investigados y consultados por futuras generaciones.

Su patrimonio de archivos documentales contempla colecciones en distintos formatos y soportes, testimonios orales y escritos, documentos jurídicos, cartas, relatos, producción literaria, material de prensa escrita, audiovisual y radial; largometrajes, material histórico y fotografías documentales.

Sus colecciones de objetos tienen un fuerte valor simbólico. Algunos producidos por las víctimas, expresan sus experiencias y vivencias a través de artesanía carcelaria, dibujos y croquis testimoniales; otros son objetos personales, que dan cuenta de lo vivido.

Para definir los contenidos e identidad del Museo, concitar voluntades y propiciar múltiples interlocuciones, hemos aplicado criterios de museología participativa reuniéndonos con la comunidad, las organizaciones civiles, de derechos humanos, artistas, educadores, historiadores, psicólogos y museólogos de todo el país.

Uno de los propósitos de este espacio será transmitir a los visitantes sensaciones y vivencias que favorezcan la reflexión y el aprendizaje sobre la importancia de los derechos humanos.

Aunque sabemos que es imposible reparar lo irreparable, el desafío que tenemos por delante es generar condiciones que permitan que las víctimas se sientan parte de la sociedad que una vez las excluyó.

Porque uno de los factores comunes de las violaciones a los derechos humanos en nuestro país fue la exclusión. Al no reconocer estos atropellos ni los derechos de las víctimas, los agentes del Estado les negaron la calidad de seres humanos, su existencia e identidad. Y esta política, que se implementó mediante la tortura, la ejecución sumaria y la desaparición, también se expresó a través de la privación de la nacionalidad o el desconocimiento de la existencia legal.

El propósito de las medidas de reparación ha sido revertir esta situación reforzando la identidad y el protagonismo de las víctimas en nuestra sociedad. Es parte de su dignificación y ayudará también a involucrar a la ciudadanía en una profunda reflexión sobre las consecuencias de la intolerancia.

Además de la muestra estable que incluirá una exhibición apoyada en cultura y tecnología, el edificio dispondrá de espacios para actividades educativas y de investigación destinados a adultos y niños y otros para seminarios y charlas

Se trata de educar para la paz convocando a la ciudadanía a la reflexión sobre las consecuencias de la intolerancia y la necesidad de una cultura de inclusión, resolución pacífica de conflictos, respeto por la diversidad, la solidaridad y la valoración recíproca.

La idea es discutir en este escenario todos los temas que hoy involucran a los derechos humanos en nuestro país y en el mundo. Desde los derechos ambientales, de minorías, de género o de etnias.

Al final de la muestra también está planificado un espacio para la reflexión y una cabina audiovisual donde los visitantes puedan dejar sus reflexiones sobre la muestra y opiniones o reflexiones personales.

Según Robert Musil, no hay nada en el mundo tan invisible como los monumentos. Se trata de una inteligente provocación, una crítica certera al modo convencional de concentrar la representación del pasado en un objeto.

Nada más lejos de nuestras intenciones. Queremos que este Museo sea un espacio generoso y abierto. Que no sea sólo un instrumento de cristalización de lo vivido, una realización estática, sino un lugar de memoria que se reelabore en función de los desafíos del presente. Y que se plantee desde un lenguaje simbólico y poderoso, múltiples preguntas e interpretaciones de los hechos que rememora.

Es probable que en este lugar encontremos más preguntas que respuestas. Porque reparar las dolorosas heridas del pasado no es fácil. Quienes sufrieron la prisión, la tortura, la detención y la desaparición o ejecución de sus seres queridos, difícilmente pueden ser compensados. Sin embargo, su dolor debe ser reconocido y, hacerlo, implica hacerse cargo de sus legítimas aspiraciones de verdad, justicia y reparación.

Es necesario hacer visible lo que ha permanecido oculto, negado o relegado, activar un hito de diálogo social en el que conversen el individuo y el museo.

De esto se deriva también la necesidad de rescatar los lugares que fueron utilizados como recintos de detención, tortura y exterminio de las víctimas y reconvertirlos con un sentido formativo. Esto implica develar los crímenes cometidos, que la sociedad los reconozca y que los responsables asuman su responsabilidad.

Necesitamos aprender de estos hechos y sacar conclusiones que vayan más allá de lo sucedido, más allá de nosotros y que sirvan a las nuevas generaciones para construir un futuro mejor. El 50 por ciento de quienes habitan en nuestro país no habían nacido cuando se

produjo el golpe en Chile y tienen derecho a saber y a elaborar lo que entonces ocurrió.

Así el Museo operará como un puente entre el pasado y el presente y cuando desaparezca nuestra generación y otras anteriores, que fueron testigos de lo sucedido en nuestro país, en este espacio perdurará nuestra obstinada memoria.

Quisiera agradecer a los organizadores y a su equipo por haber posibilitado este encuentro e intercambio de experiencias.

Todos estamos empeñados en hacernos cargo de nuestro pasado y construir un futuro basado en la valoración de la democracia y el respeto a las diferencias ideológicas en el que se respeten, y reconozcan los derechos y la dignidad de cada persona que habita en esta tierra. Muchas gracias.